

## DIVISION PRIMERA.

### TÍTULO ÚNICO.

#### CARACTERES COMUNES DE LOS SEMIRACIONALISTAS Ó SEMILIBERALES.

Division.

639. Acabamos de decir que el semiracionalismo ó semiliberalismo es un término medio entre el racionalismo puro y el catolicismo puro, y que nació del deseo de conciliar á uno y otro. *La pretension de conciliarlo todo*, hé aquí, pues, el primer carácter de los semiliberales.

Este falso espíritu de conciliacion se origina del *enflaquecimiento del sentido católico* y la *disminucion de las verdades sobrenaturales*, y engendra *la pretension de aconsejar y dirigir á la Iglesia*.

Y así la falta ó la disminucion de las verdades y sentido católicos, la indocilidad de espíritu á las enseñanzas de la Iglesia, la misma pretension de ilustrarla y dirigirla, son los demás principales caracteres de los semiliberales.

## CAPÍTULO I.

### Primer carácter general de los semiliberales: Un falso espíritu de moderacion y conciliacion.

640. Decimos en primer lugar que los semiliberales pretenden conciliar entre sí el racionalismo y el catolicismo; quieren, como lo repetian antes á menudo, reconciliar á la Iglesia con la sociedad moderna, con la civilizacion, con el progreso, con la revolucion (1).

I. Falso espíritu de conciliacion.

Pongamos algunos ejemplos.

641. Dice la Iglesia: Jesucristo, Dios y hombre juntamente, reveló al hombre verdades, todas las cuales, hasta las que son superiores á la razon, deben ser creidas de todos por la autoridad de la palabra divina.» Los racionalistas dicen, al contrario: «No puede obligarse á la razon humana á que admita lo que no se le presenta intrínsecamente evidente; por consiguiente, rechazamos la revelacion de Jesucristo.»

Los semiracionalistas vienen á colocarse entre ambos partidos. «Verdad es, dicen, que Jesucristo es Dios y autor de una revelacion divina; pero es verdad tambien que todas las verdades reveladas pueden hacerse evidentes por medio de demostraciones intrínsecas. Por consiguiente, vosotros, los racionalistas, no teneis razon de pretender que se puede rechazar el dogma cristiano, so pretexto de que carece de intrínseca evidencia; y vosotros, católicos, no teneis razon de pretender que el sabio debe creer lo que no comprende, como si hubiera verdades que fuesen superiores

(1) Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere. (*Syllab. prop. 80*).

á la razon.» A consecuencia de este falso razonamiento, con la mira de probar la evidencia intrínseca de todas las partes del símbolo católico, estos semiracionalistas emprendieron un trabajo de investigaciones y especulaciones temerarias sobre los misterios de la fe. Veremos más tarde sus muchos y graves errores bajo el título de *hermesianismo* ó *semiracionalismo de Alemania*. El Concilio del Vaticano habla de estos doctores y de su empresa en estos términos: *Extraviados por diversas doctrinas extrañas, y confundiendo la naturaleza con la gracia, la ciencia humana con la fe divina, se permiten alterar el sentido propio de los dogmas, tal como lo posee y enseña nuestra santa madre Iglesia, y poner en peligro la integridad y la sinceridad de la fe* (1).

642. Dice el racionalista: «La revolucion emancipó á la humanidad; antes de ella la razon estaba sojuzgada por la fe, la filosofia por la teologia, el Estado por la Iglesia. Con la revolucion comenzó la civilizacion verdadera; antes, reinaban la barbarie y la supersticion.»

Dice el católico: «La revolucion es implacable enemiga de Jesucristo y de la Iglesia; debajo los nombres de «principios del 89,» «derechos del hombre,» y «espiritu moderno,» se oculta una inmensa rebeldía contra el orden social cristiano. Por tanto, todo compromiso con la revolucion es imposible.»

Dice el semiliberal: «La revolucion es una reaccion del espíritu de libertad contra la tiranía del régimen feudal y las monarquías absolutas. Fundó las libertades públicas. Es bienhechora de los pueblos, sin duda muy inferior á la Iglesia, pero digna sin embargo de eterno reconocimiento. Los principios del 89 encierran las semillas de progresos inauditos para el porvenir de

(1) *De fide cath. Proœm.*

las naciones. Cuanto á los excesos de la revolucion, por ejemplo, el despojo y la proscripcion del clero católico, fueron las consecuencias inevitables, bien que indirectas, de la reaccion contra el antiguo régimen: el altar se habia unido demasiado estrechamente con el trono, para no ser arrastrado con él. La Iglesia, por consiguiente, puede y debe reconciliarse con la revolucion (1).»

643. Segun el liberal, todas las religiones son igualmente indiferentes, ó igualmente malas, ó igualmente buenas. Nadie tiene obligacion de abrazar más bien una que otra. Puede el Estado admitirlas y protegerlas todas, pero no debe profesar ninguna.

Segun el católico, la religion instituída por Jesucristo es divina, y desde luego la única verdadera; por consiguiente, los individuos, las familias y los Estados deben ser católicos.

El semiliberal admite la premisa del católico, y parte de las conclusiones del racionalista al mismo tiempo: «La Religion católica es divina, y no obstante, sólo los individuos y las familias están obligados á abrazarla y profesarla: el Estado no tiene obligacion de reconocer su verdad y tratarla como única religion verdadera.»

644. El racionalista reivindica en favor del Estado el monopolio de la enseñanza, hasta respecto de los clérigos, á quienes trata de «funcionarios religiosos.»

El católico declara que la Iglesia tiene el derecho de vigilar la educacion pública, excluir á los maestros herejes ó sospechosos, desechar los libros peligrosos para la fe y las costumbres, hacer de la Religion el objeto principal de la instruccion y como el alma de toda la educacion.

El semiliberal restringe los derechos de la Iglesia

(1) *Syllab. prop. 80.*

y exagera los del Estado. Es partidario de una enseñanza nueva, de métodos nuevos, «más en armonía con la corriente de las opiniones de la época.» Hasta se permite dar consejos á los obispos sobre la reforma de los seminarios, y el modo de enseñar teología y educar á los jóvenes clérigos. No anda lejos á veces de admitir que el Estado puede inmiscuirse en la direccion de los seminarios, examinar á los profesores y vigilar su enseñanza (1).

645. El racionalista ama y ensalza á todos los que han contradicho á la Iglesia. Gozan de sus favores los heresiarcas. Reciben sus elogios los perseguidores. Las sectas, las maniqueas sobre todo, excitan sus simpatías.

El católico ve en las herejías y cismas rebeliones contra el Eterno y su Cristo; los heresiarcas son, á sus ojos, las mayores plagas del pueblo cristiano.

El semiliberal condena sin duda las herejías y los herejes; pero se complace en ver en las herejías «grandes movimientos del espíritu humano,» en presentar á los herejes como «grandes hombres,» cuyos escritos lee y cuyas virtudes admira.

646. El racionalista sostiene con ardor y de una manera absoluta la tolerancia religiosa, ó que se pongan todas las doctrinas bajo un mismo pié de igualdad; porque tal sistema encierra la negacion del origen divino del dogma cristiano.

El católico combate en principio el régimen de la libertad é igualdad de cultos; puede consentir en admitirlo de hecho en el gobierno y la legislacion, «para evitar un mal mayor, ó para no impedir un mayor bien.»

(1) Es preciso hacer notar que aquí, como en muchos ejemplos que preceden ó siguen, no hablamos de todos los semiliberales, sino de parte de ellos solamente. Así, por lo que toca á la libertad de enseñanza, muchos católicos liberales han sido sus ilustres defensores.

Puede hasta comprometerse á tolerar este régimen, en tanto que el extravío de los espíritus imposibilitare la proclamacion del derecho supremo de la verdad. Mas no lo mira como un ideal, y, si lo admite como una necesidad ó conveniencia social, no se priva de desear y persuadir á todos que deseen como él el yugo preferible de la verdad. Hace votos por la profesion social de la Religion católica. Se alegrará si viere de nuevo consignados en la Constitucion los supremos derechos de Jesucristo y la Iglesia.

El católico liberal es amante de la tolerancia civil de cultos y de la indiferencia del Estado en materias religiosas; hasta la proclama conforme con el espíritu del Evangelio, se avergüenza de la conducta seguida por la Iglesia y los pueblos cristianos en los pasados siglos; la disimula ó la condena abiertamente; le da pena que la Iglesia rehuse en nuestra época elevar esta tolerancia á la categoría de un dogma social, y que sus fallos condenen dicha teoría.

647. Basta con estos ejemplos.

El católico tiene nociones muy precisas de los derechos de Dios, de la mision y poderes de la Iglesia, de las obligaciones de los individuos y los Estados, en una palabra, de todo el órden de las cosas humanas y divinas, naturales y sobrenaturales. El racionalista tiene para las mismas cuestiones afirmaciones tambien muy precisas, pero directamente contrarias á las del católico. El semiliberal no profesa ni las doctrinas del católico ni las del racionalista, sino doctrinas medias, que tan pronto se acercan á la fe como al racionalismo, á veces meramente sospechosas y atrevidas, temerarias á menudo, otras veces hasta heréticas y cismáticas. Se desentraña buscando conciliaciones entre Belial y Jesucristo, el racionalismo y la revelacion, el liberalismo y el Catolicismo, la revolucion y la Iglesia. Fluctúa per-

petuamente entre la verdad y el error. No es amante del mal, no es amante del bien; quisiera un término medio entre uno y otro. No quiere nada, dice, «del antiguo régimen;» rechaza el 93; pero declara que le gusta el 89.

II. Horror  
á los partidos  
extremos.

648. El semiliberal tiene horror á «los partidos extremos,» «odia á los violentos.» Por una parte no está con los racionalistas que propagan el ateísmo y el panteísmo, y menos todavía con los que atacan el orden social, predicán el pillaje ó el reparto de bienes, la matanza de los sacerdotes y de los ricos. Por otra parte, se halla asaz dispuesto para censurar á los obispos que se niegan á obedecer las leyes atentatorias á los derechos de la Iglesia, ó levantan la voz contra los invasores de los dominios de la Santa Sede, contra los violadores de las inmunidades de la Iglesia y los usurpadores de sus bienes. Tiene recriminaciones para los seglares que sostienen alta la bandera de la fe, reivindicán con ardor los derechos de la Iglesia, y se alzan denodados contra las aberraciones de la moderna sociedad y los poderes públicos. «¿Por qué no se ha de hacer alguna concesion? dice. Queriendo salvarlo todo nos exponemos á perderlo todo. ¿Por qué oponer á este príncipe una resistencia absoluta? Cediendo algo, le calmaríamos. ¿Por qué chocar siempre con la opinion pública? Antes haríamos retroceder el San Lorenzo hácia sus fuentes que detener la corriente de las ideas modernas. ¿Por qué no aceptar definitivamente este estado de cosas tal como ha salido de la revolucion? Más fácilmente volveríamos á poner á un hombre en su cuna que los pueblos modernos en el estado social de la edad media.» Así habla el semiliberal. Los católicos que piensan de otra manera le son antipáticos. Los que él aprecia, son los «espíritus moderados,» es decir, aquellos «conservadores decentes» que, poniendo en primer término la tranquilidad públi-

ca y la propiedad financiera, no militan ni por el bien ni por el mal, se conforman gustosamente con «los hechos consumados,» aunque fueren injustos, y se cuidan poco de sacrificar su reposo para destruir los errores dominantes. Estos son «los hombres inteligentes» que saben comprender su época, admitir lo bueno que hay en «el espíritu moderno,» y reconocer «los justos servicios de la revolucion.» Los elogia en sus discursos, los ensalza en sus escritos, y pone el mérito más insignificante casi á la altura del genio. ¿No les hemos visto muchas veces mover estrepitoso ruido al rededor de ciertos personajes que blasonaban de católicos, cuyo principal título á la fama era su simpatía por «las modernas ideas?»

Fenómeno singular: los semiliberales dejan frecuentemente ver en sí contra «los hombres del partido de Dios» una acritud que están lejos de demostrar respecto de los más ardientes racionalistas. Al decir de muchos de ellos, «los exagerados,» «los ultramontanos,» «los caballeros del *Syllabus*,» todo lo comprometen y echan á perder. Si un Gobierno atenta contra las libertades de la Iglesia, «los extremados fueron los provocadores.» Si el sufragio universal pone al frente del país una asamblea hostil á la Religion católica, «los ultramontanos» habían cansado á la nacion con sus exageraciones. Si el espíritu público no vuelve á la Iglesia, los católicos militantes tienen la culpa; pues el pueblo, dicen aquéllos, ¡es tan bueno, tan sensato, tan justo! Hay que imputarles todas las victorias de la revolucion, todas las reacciones que se obran contra la Iglesia; pues las masas ¡son tan inteligentes! Los solos excesos de los clericales las irritan.

Se ha visto á semiliberales pidiendo á la Santa Sede que impusiera silencio á los más puros defensores de la Iglesia, que cerrara la boca de los que sostienen con

más denuedo el peso del combate por Jesucristo. ¿Pues qué? Sois amantes de la libertad del pensamiento, de la libertad de la palabra, de la libertad de imprenta; parece que teneis escrúpulos de conciencia en pedir á los Gobiernos la represion de los impíos que blasfeman ó de los novelistas que ultrajan la moral; y ¿no temeis pedir al poder eclesiástico que haga callar las voces que atacan á los impíos y á los novelistas, y recuerdan á una generacion de apóstatas los derechos de Dios y de la Iglesia?

649. Reconocemos las buenas intenciones que animan á buen número de semiliberales; admiramos los talentos que distinguen á muchos, y nos declaramos profundamente reconocidos á los brillantes servicios que algunos hicieron á la causa católica. Pero no podemos menos de deplorar sus concesiones á la revolucion, sus injusticias y violencias de lenguaje para con los mejores católicos, y los desgraciados efectos que esta funesta actitud no cesa de producir. Muy á menudo pareció que se persuadian de que el leon depondria sus iras cuando ya nadie defendiese á las ovejas, que los opresores se volverian humanos cuando «la viuda y los huérfanos,» es decir, la Iglesia y sus hijos, abandonarían sin resistencia á su heredad; y que se haria la paz en provecho de la Ciudad santa cuando hubiesen de puesto las armas sus defensores. Muchos no temian desanimar á los combatientes con importunas lamentaciones, hacer caer las armas de las manos de los soldados de Cristo, y fortalecer á sus adversarios. Habitantes de la Ciudad de Dios, llamaban á ella al enemigo; alistados en el ejército fiel, desertaban de su bandera. No quedó por ellos el no haber en ciertos momentos contribuido á las invasiones de la revolucion, y detenido la expansion del movimiento católico tanto y más que los mismos racionalistas. Por esto el inmortal

Pontifice que presidió con tanta gloria y constancia más de treinta años los combates de la Ciudad santa con la Ciudad anticristiana, alzó á menudo su autorizada voz contra los semiliberales.

«En estos tiempos de confusion y desórden, decia en 1861 dirigiéndose al universo entero, no es raro ver á cristianos, á católicos,—tambien los hay en el clero secular, los hay en los claustros,—que tienen siempre en boca las palabras de término medio, conciliacion y transaccion. Pues bien, yo no titubeo en declararlo: estos hombres están en un error, y no los tengo por los enemigos menos peligrosos de la Iglesia... Así como no es posible la conciliacion entre Dios y Belial, tampoco es posible entre la Iglesia y los que meditan su perdicion. Sin duda es menester que nuestra firmeza vaya acompañada de prudencia; pero no es menester igualmente que una falta de prudencia nos lleve á pactar con la impiedad... Nó, seamos firmes: nada de conciliacion, nada de transaccion con hombres impíos; nada de transaccion vedada é imposible (1).»

*Lo que aflige á vuestro país y le impide merecer las bendiciones de Dios, decia en 1871 á unos romeros franceses, es la mescolanza de principios. Diré la palabra, y no la callaré; lo que para vosotros temo no son esos miserables de la Commune, verdaderos demonios escapados del infierno; es el liberalismo católico, es decir, este sistema fatal que siempre sueña en poner de acuerdo dos cosas inconciliables, la Iglesia y la revolucion. Le he condenado ya, pero le condenaria cuarenta veces, si necesario fuera. Sí, vuelvo á decirlo por el amor que os tengo; sí, ese juego de balancin es el que acabaria por*

(1) Discurso después del decreto relativo á la canonizacion de los veinte y tres mártires franciscanos del Japon, 17 Setiembre 1861.

*destruir la religion entre vosotros. Es menester, sin duda, amar á los hermanos extraviados; pero para esto no hay necesidad de amnistiar el error, y suprimir por consideracion al mismo los derechos de la verdad.*

*Es muy necesario guardarse bien, añade el ilustre sucesor del gran Pio IX, es necesario guardarse bien de estar de manera alguna en connivencia con las opiniones falsas, ó combatir las más flojamente de lo que consiente la verdad (1).*

## CAPÍTULO II.

**Segundo carácter de los semiliberales: Disminucion de las verdades y enflaquecimiento del sentido católico.**

*Artículo I.—Abundancia de las verdades, y desarrollo del sentido católico en los fieles debidamente instruidos.*

I. Abundancia de las verdades.

650. Los fieles debidamente instruidos cuya educacion ha sido dirigida segun las reglas de la Iglesia, poseen *la abundancia de las verdades*. Conocen á Dios, á Jesucristo y á la Iglesia; están instruidos en los derechos de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia; y saben sus obligaciones para con Dios y el prójimo. Quizás ignoren, si no hubiere algo que segun su género de vida les obligare á conocerlo, la historia *profana*; pero conocen á fondo la historia sagrada, es decir, el fundamento de toda doctrina sobre el origen y destinos de la humanidad. Podrán estar poco instruidos en geografía, cálculo, física é historia natural; hasta podrán no tener letras; pero no se les pueden hacer preguntas sobre el fin

(1) Cavendum ne quis opinionibus falsis aut ullo modo conniveat aut mollius resistat quam veritas patiatur. (Encycl. *Immortale Dei*, 1 Nov. 1885).

del hombre y la regla de vida, sin que al momento den una respuesta precisa. No tienen incertidumbre alguna sobre los grandes problemas que más atormentaron á los antiguos filósofos. Su alma vive en el seno de una luz sin sombra, cuyas claridades se proyectan sobre todos los acontecimientos de la vida, públicos ó privados, y les permiten juzgarlos todos con la serena certidumbre de una ciencia divina.

651. Pero el fiel formado segun la disciplina de la Iglesia tiene sobre todo *el sentido de la verdad*, que el Concilio del Vaticano llama *sentido católico*. Este sentido católico consiste en una sobrenatural disposicion para discernir pronta y seguramente la verdad del error. Es una especie de gusto sobrenatural que lleva como espontáneamente al alma cristiana al alimento puro y saludable de la palabra de Dios, que hace que en ella se complazca y la saboree, y que al contrario sienta aversion al veneno de las opiniones vanas.

II. Desarrollo del sentido católico.

Entre todos los católicos del mundo, los fieles de la Iglesia madre y maestra poseen en alto grado el sentido católico. Bossuet decia: «Los Romanos tienen el oído delicado.» Se referia al clero romano, principalmente á los cardenales y al Papa. Pero ¿quién no se ha admirado, si ha tenido ocasion de vivir en Roma, de la exquisita delicadeza del sentido católico de los más humildes fieles, y hasta de las simples mujeres del pueblo? Se diria que este pueblo todo entero participa de la infalibilidad de su Pontífice, tan grande es, si así cabe decirlo, el instinto que tiene de la verdad.

Por más que esté más desarrollado y sea más universal en la ciudad romana, el sentido católico no deja de hallarse igual en todos los católicos cuya educacion fué profundamente cristiana, sobre todo si estuvo libre de las influencias pestilenciales de la herejía. Decid á ese sencillo lugareño: «Se quiere que los reyes, en el gobier-